

4.500

LA PAZ
3.648 mts.

3.500

3.000

QUITO
2.860 mts.

2.500

MEJICO
2.277 mts.

2.000

1.500

1.000

500

MADRID
650 mts.



LA CIUDAD MAS ALTA DEL MUNDO CUMPLE 400 AÑOS



Frente al gran vacío que se abre al asomar la mirada desde la cuchilla de la altiplanicie a la hoya de La Paz, se tiene una visión de vértigo. Ahí está la cuenca del río Choqueyapu, nombre milenario de linaje aymara —semenera de oro—, con una caída que desciende verticalmente desde el balcón unos setecientos metros, conservando el valle profundo todavía una altura considerable sobre el nivel del mar, que llega a 3.340 metros. El panorama se ofrece con la fantasmagoría de una visión lunar. Tiene la presencia de un gran mar desecado, siendo ésta la expresión que tiene toda la vitalidad, para dar la figura emotiva del rostro geográfico de la Tierra donde se alza la ciudad de La Paz. La morfología abismal de su caprichosa formación geológica está cruzada por la línea tumultuosa de un río —el Choqueyapu—, que al arrastrar en el granito de sus piedras la riqueza del oro, en su constancia de siglos va labrando un cauce profundo por el caprichoso de perforaciones mecánicas. Aquí, en estos titánicos macizos andinos, es donde se descubre con más impresionante magnitud la hermosura de ese portentoso geológico que es el Illimani —Hellemana (cosa para siempre)—, la montaña mágica que con su reposo de esfinge decorada por el trípode de sus penachos de nieves eternas, preside con su majestad gloriosa la tremenda grandeza del paisaje, cargado de avaras austeridades.

El pleamar accidentado de la piel áspera y fuerte que cubre con su greda untuosa la superficie de la tierra paceña, alterna con la vista de las fantásticas esculturas, tubos de órgano que decoran los barrancos, figuras milagrosas como de indiatides en éxtasis, túnicas que cubren las audacias de basaltos triunfantes y erectos, monolitos ingentes como una muchedumbre de colosos y, en fin, las más caprichosas manifestaciones de la dinámica de la naturaleza insomne, donde el paisaje ofrece ese su tremendo y pensativo rostro de soledad que nos habla en el lenguaje plástico del silencio, del recogimiento, del dolor contenido, acaso de la meditación... Todo este panorama se mezcla con el zig-zag escalonado de pequeñas planicies y laderas que ofrecen anfiteatros, graderías, oleajes, remanos de pequeños pastales, superficies planas cubiertas de paja brava, matorrales de hierbas selváticas, donde viven las vicuñas, las llamas y los huacucas...

Aquí está la visión de una tierra estática, un grandioso monumento de la geografía americana, ausente el hombre, en la que se suceden las auroras con la fantasía de sus oros, de sus violáceos y de sus amarantos, los mediodías plenos de sol, los crepúsculos que decoran el paisaje con la magia de sus atrevidas combinaciones cromáticas, que tienen la evocadora poesía de sueños de luz, la gracia sedante de las violetas, la explosión de santuosos ópalos que se duermen en el sueño de los verdes de ajeno y que se disuelven en nubes de zafiros, de amatistas, de esmeraldas, de topacios, de aguamarinas.

LOS LEGENDARIOS «PACASAS»

El hombre, el antiguo *pacasas*, había poblado esta tierra de mitos y de dioses, de fantasmas auspiciosos y protectores. Vivía en el mundo mágico de sus aparecidos, de sus realidades sublimadas en sueños de sus quimeras encarnadas en realidades. Estos *pacasas*, de puro linaje aymara tenían por dios tutelar al Hellemana y de dios lar a Choquehuanca, el señor del oro que no mengua. El drama de estos indígenas con el medio geográfico es el episodio más lleno de sugerencias que se hace presente para la formación de una cultura. Es la lucha del hombre contra la expresión telúrica circundante. La transformación de eriales neutros en tierra habitable y nutricia fué el milagro que realizaron estos hombres de las alturas. Los aymaras milenarios triunfan sobre sí mismos, para triunfar sobre la tierra, difícil, hurana y áspera, que era necesario conquistar a fuerza de lucha, de tesón y de energía creciente. Estos hombres taciturnos, de pechos anchos y de brazos largos, de cabezas abultadas y piernas cortas, eran gentes de voluntad, audaces y resueltos. El hombre de estas alturas

sin la dulce molición del clima, sin una naturaleza pródiga, tenía que comer el fruto de su esfuerzo, que representaba la conquista diaria de la tierra. Eran los fuertes y los valerosos que se multiplicaban para poblar estas crestas andinas. La angustia de estos hombres, que tenían por aliados al Hellemana y a Choquehuanca, era vencer sin someterse a la brutal dictadura del ambiente, defendiéndose sin hacerse adaptables y plásticos. Por eso, eran guerreros contra la naturaleza. Sus hechiceros y sus sabios conducían a este pueblo de *pacasas*, fiero, activo y orgulloso. Estos hombres de las montañas apreciaban su independencia más que su vida, y como el instrumento de sus realizaciones políticas y económicas. Así, no se sometieron a los incas, sino conservando su propia lengua aymara y aun salvando el lenguaje esotérico —del puquina—, que era la palabra reservada al pueblo, que vivía dentro del estado incaico, pero que no rendía vasallaje, asimilando la extraña cultura y la lengua forastera del quechua. Estos *pacasas* aprovecharon como tierras de labranza todos los pequeños planos que ofrecía el anfractuoso terreno del Chuquiago, cultivaron las grandes y pequeñas laderas de los barrancos y, finalmente, construyeron los llamados andenes que irrigaban, subiendo por canales las aguas del Choqueyapu. Eran expertos cazadores de vicuñas. La *piara* de estos preciosos animales enseñaba a los *pacasas* el valor heroico del jefe macho, simbolizado en la figura esbelta, fuerte, elástica del *catacho*. Domesticaron las llamas, hilaron su lana, comieron su carne y utilizaron su fuerza para transportar carga. También sometieron a la dulce alpaca, para aprovechar su carne y su lana. Tuvieron sus lanas con nogal de Yungas y con el cinabrio rojo de la tierra. Cultivaron la papa, la quinua, la oca y la cañahua y prepararon para la conservación por el hielo y el agua de la papa en *chuño* y en *tunta*. Pero la ocupación predilecta de los *pacasas* era la industria del oro. Extraían este precioso metal nativo de las rocas de granito y lo atesoraban recogiendo de los lavaderos del río Choqueyapu. Los *pacasas* eran ricos con su oro, nutridos con sus propias producciones y vestidos con sus propios tejidos. Intercambiaban los plátanos, las naranjas, el tabaco y la coca con sus productos regnicolas del Altiplano. Vivían agrupados cerca del río y en torno a los terrenos agrarios en pequeñas chozas, cuya arquitectura estaba regulada por la superposición de las piedras ensambladas que sostenían la clave del techo semiesférico. Estas casas de piedra eran calentadas por el fuego del hogar, que al mismo tiempo cocía los alimentos.

LA FUNDACION CASTELLANA

Cuando asomaron las tropas de los hombres barbudos y cubiertos de armaduras de Almagro y Pizarro los indios del Chuquiago vivían una vida idílica, alterada solamente por las luchas de los ayllus de arriba con los de abajo, de los de Hanansaya con los de Huariyaya. La tierra florecía por los cultivos estaba salpicada de mantos de esmeralda, ornamentados por los grupos de viviendas de los distintos ayllus, que de las planicies trepaban sobre los cerros, defendidos por las murallas de piedra, que no sólo protegían a los vivos, sino también a las *huacas* y a los *chulpaes* de los muertos. La población indígena era de una rica demografía. La presencia del oro fué el objetivo principal de la conquista del Chuquiago, que tenía difundida su fama de opulenta en todas las comarcas del imperio incaico. El día sábado 20 de octubre de 1548 el capitán Alonso de Mendoza fundaba la ciudad

de La Paz en la planicie de Churupampa, cerca del río Choqueyapu. El Rey Carlos V, otorgaba a la ciudad un escudo de armas, en cuyo mote se leía una cuarteta simbólica:

*Los discordes en concordia
en paz y amor se juntaron,
y pueblo de paz fundaron
para perpetua memoria.*

LA PAZ EN 1800

Han pasado, hasta el año 1800, doscientos cincuenta y dos años del establecimiento de los españoles en el territorio del Kollasuyo, y la tierra de los ayllus *pacasas*, poblada por indios aymaras, se ha transformado en ciudad. La urbanización de 1800 ha devorado al extenso paisaje, desintegrando esa visión gigantesca del panorama, pintado por los campos de cultivo indígena. Ahora, la ciudad está rodeada por el anillo circundante del paisaje bravo, que luce en su engaste el lujo del brillante gigantesco del Illimani. La Paz de 1800 ha sido labrada por los artificios de este pueblo que, siguiendo las huellas de su tradición, triunfa sobre la naturaleza y sobre la ferocidad de las fuerzas telúricas. Es el momento cumbre de su vida. Esta ciudad no surgió como en los escenarios por obra de ilusionismo, fué conquistada. Sometido el río, vencido y ahogado el barranco, pulida y ensanchada la pendiente, destruida la encrucijada y ampliada la filiforme proporción de las múltiples laderas. Así, las calles ascienden, trepan, reptan, se prolongan, descansando en callejones y plazuelas, y siguen subiendo después de haber respirado en los pulmones de los cementerios, de los templos y en las plazas. El río, semenera de oro, ha sido avasallado por los puentes y de su lecho extraen piedras y arena para las construcciones. El paceño de la colonia ha creado un nuevo paisaje. Cada piedra que coloca está marcada por el siglo del sudor bíblico, y cada roca que corta lleva el sello de su esfuerzo. Así se hizo la ciudad, en un despojamiento de la materia, a base del abrazo de adaptación entre la sobriedad de «los gestos, de los gestos y de los gustos». Es una ciudad en la que no se percibe esa fina claridad inteligente y afiligranada con resplandores de joya; tampoco es la urbe que se desparrama en una prodigalidad de fantasía para sorprender con su belleza. Su rasgo es la línea áspera, dura, un rostro de virilidad, de fisiognómica, cuyos perfiles de líneas esenciales está marcado por la voluntad, madurada hasta en las deformaciones, y en cuyos senos arde la fuerza del alma dominadora y triunfante. Es la ciudad donde todo lo ha hecho el hombre, y la Naturaleza sólo ha puesto la colaboración de sus magníficas dificultades y la gloria del Illimani.

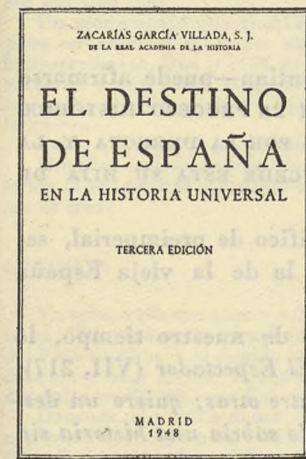
Trátase de un fenómeno interesante, observar el desarrollo de esta ciudad como fenómeno de crecimiento y de inducción, a base de sus propias posibilidades geográficas económicas y políticas. Como hecho determinante del establecimiento definitivo de esta ciudad en el sitio que actualmente se encuentra debe anotarse la riqueza aurífera y la existencia de una población indígena para utilizarla en los trabajos mineros y agrarios. El diálogo entre los montes y el río también estimuló este afincamiento. Chuquiago era una comarca pródiga en agua para beber y para los servicios de limpieza. El agua del Choqueyapu

BIBLIOGRAFIA

En estas páginas serán comentados aquellos libros, recientemente impresos, que ofrezcan una estimable aportación a la cultura hispánica, y, también, aquellos otros, de cualquier procedencia, que entrañen un claro valor universal, siempre que—en cualquier caso—nos sean remitidos dos ejemplares.

"EL DESTINO DE ESPAÑA EN LA HISTORIA UNIVERSAL", por ZACARÍAS GARCÍA DE VILLADA, S. J.—TERCERA EDICIÓN AUMENTADA. EDICIONES "FAX", Madrid, 1948.

Con este título dió, en mayo de 1935, el P. Zacarías García de Villada una serie de conferencias en la tribuna de Acción Española. Protagonistas de aquel acto memorable, junto con el P. García Villada, fueron Víctor Pradera, Ramiro de Maeztu y José Calvo Sotelo, directivos de aquella ilustre Sociedad, y que junto con el conferenciante iban a caer dieciocho meses más tarde en la encrucijada histórica que señaló el enfrentamiento decisivo de la España auténtica y verdadera por ellos defendida, con la anti España mantenida y apoyada por las fuerzas de la anti Europa liberal y comunista.



Las conferencias pronunciadas entonces por el P. García Villada fueron publicadas en la revista "Acción Española" y editadas luego en un volumen por la Editorial "Cultura Española", en 1936. Ellas encierran una altísima lección y una magnífica síntesis de la Historia de España, y constituyen un documento de valor perenne y de actualidad permanente. Al mismo tiempo, como se señala en el "Prólogo editorial" de la segunda edición que se reproduce en esta tercera, la obra del P. Villada "es, sin duda, un libro para la historia de la querrela nacional, un capítulo de la literatura de controversia sobre el sentido de la cultura y la civilización españolas, una aportación, en suma, a la historiografía".

El P. García Villada, a quien "Azorín" colocaba junto a Mommgén y a Fustel de Coulanges, es un historiador de gran fuste. Su obra fué truncada primero por la furia incendiaria de 1931 cuando en la destrucción del Colegio de Areneros se le quemaron más de 30.000 fichas de material histórico, y, finalmente, en 1936, cuando su vida fué segada por las balas asesinas. A pesar de ello, dejó el P. García Villada una monumental "Historia eclesiástica de España", y este breve pero magnífico ensayo sobre el destino de España en la Historia Universal, que en tercera edición nos ofrecen las "Ediciones Fax", y que, con todo y su carácter polémico del momento, encierra una lección vital y definitiva que los hombres de España y de Hispanoamérica deben tener siempre presente para enjuiciar, para hacer y para vivir la Historia.

"EL GRINGO LENCA", por ARTURO OQUELI.—TALLERES DE LA IMPRENTA CALDERON, Tegucigalpa, 1947.

La edición pobre de este pequeño libro no invita a su lectura; pero, ya en ella, es fácil continuarla de un tirón hasta terminar sus breves 200 páginas. Tiene un poco de crónica y un poco de novela y otro poco de disquisición humorístico-filosófica. En realidad, estos elementos se encuentran perfectamente separados en los diferentes capítulos del libro. Lo interesante en él, y que hace que le dediquemos estas líneas, lo constituyen los dos capítulos centrales: "Amigos, arma de dos filos" y "A caballo por la tierra de las maravillas". El primero es un cuento o novela corta en que los personajes tienen vida propia y se mueven con acertado verismo y naturalidad en medio de un crudo ambiente de tragedia que no resulta tampoco falso, sino, por el contrario, tremenda y sencillamente real.

El otro capítulo es la narración de un viaje a lo largo de la tierra hondureña. La narración es amena, llena de aciertos descriptivos, con observación de tipos y detalles interesantes.

Arturo Oqueli no posee propiamente un estilo literario. Pero escribe con objetividad en un estilo fácil y directo, de corte periodístico y sin complicaciones retóricas ni pretensiones de lé-

xico erudito. Tampoco cae en las exageraciones de tipismo indígena de tantos cuentistas hispano-americanos. He aquí la razón fundamental por la cual se deja leer con gusto y facilidad, a pesar de las deficiencias de lenguaje que un casticista no dejaría de notar.

Fuera de los dos capítulos indicados, cada uno de los cuales tiene diverso valor y significado, puesto que pertenecen a dos géneros literarios distintos, el resto del libro no tiene mayor valor e importancia. A guisa de rectificación ideológica, diremos que el capítulo dedicado a la exaltación de la cultura y del pueblo mayas bajo el título de "Los precursores", aunque parece ser una crítica poético-humorística de la civilización moderna y una defensa del saludable primitivismo indígena, encierra una falsa tesis indigenista en sus aventuras y un tanto ridículas afirmaciones de haber la cultura maya superado a la europea en todos los órdenes de la vida.

El personaje central de la obra que da título a la misma y sirve para enhebrar las diversas piezas que la componen, mister Garvo, o sea el "gringo lenca", mestizo de yanqui y de indio lenca o guajiquiro, es un tipo curioso e interesante, mezcla de filósofo y de aventurero afortunado, de viajero internacional y de patriota provinciano, de revolucionario progresista y de conservador tradicionalista. Es un tipo real, humano y simpático, bien captado a través de sus intervenciones de hilvanador de los distintos temas y episodios, pero que no llega a ser protagonista con lo cual resulta un personaje fallido.

En suma, este pequeño libro del joven escritor hondureño Arturo Oqueli, sin ser propiamente una obra literaria completa por su falta de unidad en el género y por su carencia de altos valores estéticos, tiene para nosotros un encanto especial por la fiel descripción de costumbres, paisajes y tipos humanos que nos son familiares en la hermandad y comunidad hispánicas de nuestros pueblos y de nuestras tierras, y que el autor nos presenta en toda su desnuda verdad y autenticidad sin el ropaje retórico con que otros suelen vestirlos y desfigurarlos.

"COMPOSTELA", por G. TORRENTE BALLESTER (ACUARELAS Y CAPITULARES A SEIS COLORES, DE MARIA DROC.) — AFRODISIO AGUADO.— Madrid, 1948.

Compostela es una de las más bellas e impresionantes ciudades del orbe. Siglos hubo en que fué punto de atracción de las mentes y corazones del Occidente entero. Todos los caminos, como antaño a Jerusalén y a Roma, conducían hacia este rincón del Finisterre, donde acababa la tie-

COMPOSTELA



AFRODISIO AGUADO, S. A.—MADRID

rra y el sol se hundía en aguas tenebrosas. Y aquí llegaban atravesando lenguas y países, con un tropel incansable de peregrinos que llenaban sus aires de canciones y sus suelos de roces de santidad. En este ir y venir a Compostela fué surgiendo lo que luego llamamos Cristiandad y Occidente: arte románico, canciones de gesta, leyendas y romances, anhelos de imperio universal.

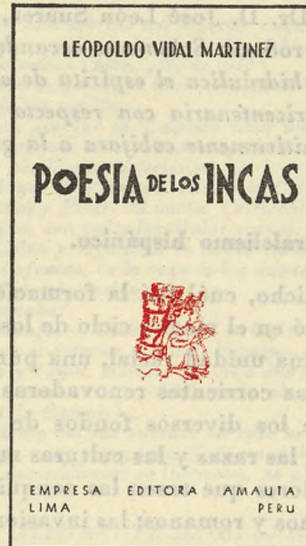
Y, al final, la maravillosa ciudad, con su Pórtico de la Gloria, sus plazas y sus calles. Primero hubo una ciudad románica; luego quedó ésta como escondida en otra barroca, más suntuosa y monumental, aunque menos íntima.

De todo esto nos habla este libro, el más bello libro que jamás se ha dedicado a ciudad alguna de España. Torrente Ballester conoce y siente como nadie los secretos de sus musgosas piedras y sus inolvidables rincones. María Droc captó su ambiente como jamás se ha conseguido; sus verdes y grises, su azul, que no es azul, y más que nada el alma de la gran ciudad. El ornato tipográfico es realmente magnífico y digno de toda loa. Será este libro un auténtico mensajero de uno de los más bellos recodos de la Patria y del mundo entero.

"POESIA DE LOS INCAS", por LEOPOLDO VIDAL MARTÍNEZ.—EMPRESA EDITORA AMAUTA. Lima.

Bajo el título de "Poesía de los Incas", Leopoldo Vidal Martínez nos presenta un estudio completo de toda la literatura quechua. Comienza por la lírica, que estudia en las diversas formas particulares incaicas: el haylle, los aymoray, el urpi, etc., terminando con un interesante capítulo sobre el impresionismo en la lírica quechua, que el autor hace resaltar en la belleza de su vigor primitivo sin el refinamiento decadente de los impresionistas modernos.

La segunda parte está dedicada a la Epica, que Vidal Martínez estudia desde sus raíces ini-



ciales y remotas por los tres caminos indispensables para el estudio de las culturas prehispánicas; la crónica, el folklore y la arqueología, señalando su evolución histórica e ideológica íntimamente ligada, como es lógico, al desarrollo de la vida política y religiosa del pueblo quechua.

Finalmente, el autor se refiere externa y eruditamente al teatro incaico, tan poco estudiado y comprendido. Su aporte en este sentido es sumamente valioso e interesante, por cuanto señala y clasifica claramente en sus diversas formas esta rama de la literatura quechua. El problema más difícil en el estudio de estas literaturas indígenas es el de su división y clasificación, pues los géneros literarios en que se dividen las literaturas europeas se encuentran en aquellas entremezclados y vinculados estrechamente a otras artes como la música y la danza.

Termina el libro de Vidal Martínez con un capítulo sobre la "Posibilidad incaica del Drama Ollantay", tema de viejas y conocidas polémicas en que se enfrentan las teorías indigenistas de los que atribuyen a esta pieza teatral una absoluta originalidad incaica, y los que la consideran un producto posterior de mestizaje cultural indio-hispano, señalando incluso como autor de él al clérigo español D. Antonio de Valdez. Por esta última tesis se pronuncia Vidal Martínez; pero señalando el origen del drama en una antiquísima leyenda perteneciente a lo que él clasifica como Epica clandestina, por constituir su temática historias de rebeliones de héroes y pueblos sometidos contra la autoridad y la ley de los Incas.

Vidal Martínez no pertenece al grupo extremista de los indígenas incorregibles, detractores de todo lo hispánico. El no quiere que se le tome "como trasnochado indigenizante", "pues soy—dice—de los que buscan la carne y la esencia del Perú integral". Y en otra parte declara justa y sinceramente: "Providencialmente han sido españoles quienes recogieron en sus crónicas el relato y la explosión lírica de los conquistados. Si hubiesen llegado hombres con lengua distinta—y ésta no es suposición osada, pues debe mirarse a Norteamérica o al Brasil—, todo se habría perdido. Hasta el mismo folklore. Ineluctablemente."

En suma, es éste un libro erudito, aunque—como el propio autor señala—lo es, más que todo, de "interpretación", en el que hay que reconocer a la vez valor poético de intuición y valor crítico de investigación científica y de ponderación en el juicio histórico.

LA PAZ CUMPLE 400 AÑOS

VIENE DE LA PÁGINA 83

que era de una gran pureza y dulzura, fué muy apreciada, y su caudal sirvió a los españoles para impulsar molinos. Las montañas circundantes forman una cornisa protectora, para defender la hoyada de los vientos que azotan la altiplanicie.

ENCRUCIJADA COMERCIAL

La explotación del oro atrae el establecimiento de la población española. La Paz se funda con 500 indios y 20 españoles. Su crecimiento es lento. A poco de fundada la ciudad, se observa su importante posición geográfica como pueblo de tránsito entre Chuquisaca y Lima, que importaba las posiciones intermediarias entre Huamanga, Cuzco, Arequipa, Oruro, Potosí. También se ofrecía como estación intermediaria entre la ruta de Lima y Buenos Aires, y luego como el punto de conexión entre Puerto Potosí (Arica) y la Villa Imperial. La Paz resultaba, en el Alto Perú, la ciudad más próxima al mar Pacífico, equidistante de los centros interiores de la Audiencia de Charcas. Pronto las viejas minas de oro, explotadas por los incas, y los lavaderos de las arenas del Choqueyapu, demandarían muchos esfuerzos y darían poco rendimiento, descubriéndose que la verdadera riqueza de la nueva ciudad estaba en el tráfico de las mercancías, en el movimiento comercial y en el fomento de las industrias caseras propias. Siempre el espíritu de la ciudad de La Paz aplica su voluntad a las empresas de su vida. La Paz se alimentó con los residuos de la riqueza de Potosí, y vivía de la influencia administrativa de la poderosa Audiencia de Charcas, de tal modo que su predominio de crecimiento capitalino sólo fué obra de su constante desarrollo económico, desvinculado de la industria minera, que nunca fué pródiga. La formación de la economía paceña fué, paradójicamente, consecuencia de su pobreza minera, debiendo, por este motivo, sus habitantes, para subsistir, consagrarse a la agricultura, a la industria y al comercio. El consumo de la coca y de los minerales de Potosí sirvió para fomentar esta industria agraria, que estuvo sometida a la mita de los indios. El enriquecimiento de los cocaleseros puso ritmo acelerado al desarrollo de La Paz. Al mismo tiempo, el tráfico de las llamas, que transportaban azogue desde Huancavelica a Potosí, o las que cruzaban desde la Villa Imperial hasta Arica, igual que las arrias de mulas que cargaban bastimentos de los almacenes del Consulado de Lima a Potosí y Buenos Aires, daban vida a la ciudad de La Paz. Las recuas que venían de Buenos Aires y Tucumán o Córdoba transportaban tocuyos, frutas secas y cueros. Las mulas que cargaban los odres de vino y aguardiente de Mequegua, también imprimían movimientos de tráfico. Todo esto daba un intenso vivir comercial que fomentaba en La Paz la existencia de corralones, tambos, hospederías y luego las industrias de la alimentación, la elaboración de cecinas, chalona, cigarrillos, chocolate, chuño, harina, quesos, etc. En torno de este mismo movimiento de tráfico se aceleraba el intercambio, produciendo el crecimiento de la población por el aumento vegetativo.

G U S T A V O A D O L F O O T E R O